

## MI RECUERDO DE ISIDORO BLAISTEN – AÑO 1998 - VILLA DE MERLO-SAN LUIS

Me fui de Buenos Aires a Merlo-San Luis en 1995. Al año nació el programa radial Puerto Almendro®. Luego terminé mi tercer libro, el primero de poesía, *Cuando Octubre*. Esa instancia fue disparadora. Carlos Pereiro (Ediciones del Dock) editó ese libro, viajó para la presentación y me impulsó a poner una librería, yo le decía que tenía que ser una casa, no un local de venta de libros. El programa radial era un boom en la región, se emitía diariamente por FM Alternativa. Durante esa hora leía cuentos de Isidoro, Abelardo, Pedro Orgambide, Silvina Ocampo, Sara Gallardo... y también poesía. De Isidoro, el cuento que ‘sacudió’ a la audiencia fue *La salvación*, publicado en el libro homónimo. Hubo oyentes que pidieron vuelta a leerlo, también sucedió con un cuento de Daniel Moyano pero eso es otra historia.

Mientras tanto buscaba una casa fuera del circuito comercial, coherente conmigo y con la idea de Puerto, una casa que, además de librería, tuviera biblioteca literaria y sillones para vivir el disfrute de la lectura. La encontré a fines del '97, construida por el artista plástico Carlos Denegri. Esa casa era diferente. Comencé pintando pisos con distintos colores, quité todas las puertas (salvo la del baño), entre tantas innovaciones. Mudé allí mi biblioteca personal.

Hay Notas en Télam, en Clarín, en Radio Nacional y otros medios, acerca de escritoras y escritores que estuvieron en la Casa Puerto Almendro, el recorrido es amplio, nutrido, sin embargo: poco se sabe de la visita de Isidoro Blaisten. Dado que organizó su viaje con Graciela Melgarejo días antes de la inauguración “oficial”. Mi primera secretaria en la Casa fue Laura Struck, lectora voraz, luego estudiante en la Universidad de Córdoba, hoy licenciada en Letras. A ella no le comenté el mail de Horacio Salas anticipándome el viaje de Blaisten. Horacio recomendó que no organizara presentación o actividad, que esperara su visita nada más.

Se hospedaron en la Hostería del Virrey, en Piedra Blanca arriba, los dueños de aquella época, Víctor González Mársico y Silvia, eran amigos y fieles oyentes de mis programas en FM Alternativa, además de ser colaboradores activos en el armado de la Casa Puerto Almendro. Víctor trajo a Isidoro y a Graciela en auto una hermosa tarde soleada. Laura organizaba la librería, cuando lo vio entrar enrojeció notoriamente. Hoy cuenta que nunca olvidará aquel instante. Allí, en esos años, pocas personas conocían a nuestros escritores. Además Isidoro fue y sigue siendo uno de nuestros más importantes narradores y para Laura era “*el más*”.

Estaba asombrado del ambiente, por elegir mesas y sillas diferentes para el salón que oficiaba de bar, se fascinó con las puertas colgadas del techo a manera de biombos, me dio más ideas locas como poner una gran olla con café sobre la salamandra y que la gente se sirviera con un cucharón, pero enseguida corregía sus propias imágenes para ver las formas posibles de concretarlas. Sobre todo me dio consejos contra la envidia, usaba la cintita roja en la muñeca izquierda. Insistía mucho con la envidia: “vasos con agua y miel en los rincones tenés que poner”... “mirá que la envidia existe y es homicida”... “yo sé lo que te digo”

Durante el día hicieron paseos por las sierras, pero Isidoro ya tenía sus nanas de columna, el osteópata le había dicho “bajar pendientes es tan malo -o peor- que subirlas”, se atendía con Gilles Drevon Lieffroy, el fundador de la Escuela argentina de Osteopatía. Yo también tengo mi historia ósea, había tenido una sesión con Gilles antes de mudarme a San Luis, mi osteópata fue uno de sus alumnos.

Acepté su perfil bajo para no ir a la radio, a pesar de la insistencia de Graciela. Isidoro decidió escuchar mis programas y luego se acercaban a la Casa para charlar, tomar café y dar más y mejores consejos, el que aún

resuena es “no des talleres acá, elegí bien a quién, un día querrán ser competidores” y sumó anécdotas de sus talleres, un alumno le había dicho “yo también escribí una novela”, él estaba comenzando la suya.

Meses después nos encontramos en aquellas reuniones de los sábados en casa de Horacio Salas, “el siestáculo”, también participaba Pedro Orgambide. Me siento una historiadora recordando cosas simples, reales, desconocidas tal vez.

Isidoro fue el primer escritor argentino que visitó Puerto Almendro o, mejor dicho: fue quien bautizó aquella *Casa del libro*, como la nombraron Boccanera y otros periodistas.

### Epílogo

La tarde de su despedida dejó dos libros, uno para la Biblioteca de Puerto Almendro: *Cuando éramos felices* y otro para mí: *Carroza y Reina*. También a Laura, que seguramente los guarda como tesoros.